

L A T I G R A

F L O R E N C I O
S A N C H E Z

Ediciones **elaleph**.com

Editado por
elaleph.com

© 2000 Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

Personajes

La Tigra

Jorge

Haydée

Olivera

El Regente

Esperanza

Luis

El Vigilante

El Señor Hesperidina

Un lunfardo, Marinero, Pueblo, etc., etc.

El Rubio

Cuadro Primero

Un cafetín servido por camareras. Pequeño escenario, al foro. A la derecha la estantería con botellas y el mostrador respectivo. EL REGENTE lava copas y despacha a medida que las camareras lo van pidiendo. Ocupan una mesa, Tomás EL RUBIO, el Inglés, JORGE y RAFAEL. Jóvenes criollos atendidos por HAYDÉE SUÁREZ, una de las camareras. En otra ESPERANZA la madrileña, cantará en traje de carácter, entreteniendo a dos o tres parroquianos españoles. Más allá cuatro MARINEROS INGLESES acaban de emborracharse. En una cuarta mesa un pobre diablo despunta un sueño ante una taza de café. LUIS con LA TIGRA, departen en una de primer término bebiendo cerveza él y té la camarera, y cerca de ellos el anciano SEÑOR HESPERIDINA, que no tendrá otra ocupación que la de comerse con los ojos a las camareras

o interrumpir los diálogos expresivos en que éstas intervengan. Al alzarse el telón comienza la tercera parte del concierto. El pianista termina su sinfonía. Silencio en el auditorio. Uno de los MARINEROS se alza a duras penas gritando «¡hurra!», dando dos o tres palmadas, y se deja caer pesadamente. Descorrido el pequeño telón aparece el tenor, un fulano gordo, que después de entregar la partitura al maestro, con un vozarrón espantoso, anuncia: «'Generada' de Iris, maestro Mascagni», y arremete cantando «Apri la tua finestra», etc., etc. A los pocos compases se la arman.

Escena I

EL RUBIO. -(Ladrando.) ¡Guau! ¡guau! ¡guau!

UNA VOZ. -¡Que se calle!

OTRA VOZ. -¡Fuera! ¡Zanguango!

OTRA VOZ. -¡Miau! ¡miau!...

JORGE. -¡Qué baile! (*El fulano quiere seguir y le molestan con silbidos e improperios. Entonces, sonriente, saludando, retira su partitura y se dispone a irse.*)

VOCES. -¡No! ¡No! ¡Que baile! ¡Que baile!... (*Nuevo saludo y mutis. Aplausos estrepitosos y pedidos de bis durante unos instantes. El pobre hombre reaparece.*)

JORGE. -¡Que cante el Chiribiribí!

CORO. -¡Chiribiribí! ¡Chiribiribí! (*Creyendo satisfacer al auditorio, hace una seña al maestro. Silencio.*)

MARINERO 1°. -(*Apenas le oye cantar, alzándose y avanzando tambaleante.*) ¡Ah!... ¡Ay!... ¡Moqueres!...

(Quiere cantar MOQUERES. Coro de maullidos y ladridos. El cantor huye.)

CORO. -¡Miau! ¡Miau! ¡Miau!

HAYDÉE. -*(Aproximándose al grupo de criollos.)* ¡Jesús, muchachos! ¡Ni que estuviesen en el jardín zoológico!..

EL RUBIO. -Vení, madrileña; sentate un rato con nosotros. Pasale esa silla al inglés.

HAYDÉE. -Tendréis que aguardar. El señor me ha llamado. *(Por el SEÑOR HESPERIDINA.)*

EL RUBIO. -Che: dale recuerdos de mi parte para los nietos. *(Risas en el grupo.)*

LA TIGRA. -Dicen que ha cantado en óperas.

LUIS. -Corista, seguramente.

LA TIGRA. -Cualquier cosa. Lo cierto es que tiene que mantener a sus hijos y viene aquí a ganarse un peso y una silbatina por noche. Tú has visto a los muchachos. Se quedan hasta la última parte, sólo para armarle un bochinche al pobre infeliz.

LUIS. -Vaya un gusto.

LA TIGRA. -Es uno de los atractivos de la casa. Cuando el patrón no lo ha despedido, es porque le da resultado.

LUIS. -¡Qué barbaridad!

LA TIGRA. -¡Bah! ¡Así es el mundo, hijito! Quién sabe si mañana no me veo en el mismo caso.

LUIS. -A ti no te silban. Te lo aseguro.

LA TIGRA. -Si no me arman bochinche es porque todavía no estoy muy vieja y la muchachada me conserva un poco de cariño. Pero veremos más adelante. Por lo pronto, el hecho de haberme puesto a cantar, te prueba mi decadencia.

LUIS. -No, Tigra. No digas zonceras.

LA TIGRA. -Sí, hijito, sí. ¿Crees que no me conozco?

LUIS. -¿Y por qué cantas, si no te gusta?

LA TIGRA. -Porque voy para vieja, nada más. Pregúntame por qué, yo que he sido, puede decirse, la fundadora de estas casas en Buenos Aires y que he tenido las mesas principales a mi cargo, con clientela hecha y un platal de propinas... ¿Por qué me veo hoy metida en este cafetín indecente?

LUIS. -Por tu carácter; porque no quieres.

LA TIGRA. -¿Por qué no quiero? Porque no sirvo. De aquí a un cafetín de la Boca, y de allí...

LUIS. -No veo la necesidad de la escala. Con cambiar de vida...

LA TIGRA. -¿Y qué quieres que haga? ¿Meterme de monja? Cada uno en su oficio. Tú, albañil, no te

vas a poner de relojero, cuando los achaques no te permitan trepar al andamio.

LUIS. -No es el mismo caso.

LA TIGRA. -¡El mismo, el mismo, el mismo! Vez pasada, cuando salí del «Cosmopolita», me fui a ver a esa señora amiga, la que cuida a mi nena, resuelta a ponerme a trabajar en costuras. ¡Que si quieres! A los quince días no pude aguantar más. Me faltaba algo; no sé qué, pero algo esencial como el respirar o el comer. Empleaba horas enteras para hacer una costurita de nada, pensando y pensando...

LUIS. -¿En qué?...

LA TIGRA. -¡Qué sé yo! No podía explicarme. En todo este ruido; en las compañeras, en la muchachada, en los borrachos, en los escándalos, en la policía, en mi pasado, en fin.

LUIS. -¿Y no te dabas cuenta de que aquella vida era mejor?

LA TIGRA. -¿Mejor? ¿Por qué? Vamos a ver. ¿Por qué, si no estaba a gusto?

LUIS. -Te habrías habituado...

LA TIGRA. -¿Y mientras tanto? Pensando eso y pensando que todavía no estoy tan venida a menos que no pueda tirar algunos añitos, me dije entonces:

«A la que te criaste»; y aquí me tienes, dispuesta a pelear

hasta que me jubilen por vieja y fea, y eso, aunque rabien todas esas, ha de tardar.

LUIS. -Eres muy inteligente, Tigra. La disculpa es hábil, pero no me convences.

LA TIGRA. -¿Disculpa?... ¿Yo disculparme?...

LUIS. -¿No habrá sido el fulano ese... lo que te hizo volver?

LA TIGRA. -¡Inocente! ¿Lo piensas realmente, o hablan los celos? ¿Crees que a esta altura de mi vida, y con todo lo que he vivido, haya hombre capaz de hacerme cometer zonceras?

LUIS. -Yo no te ofrezco eso, y sin embargo...

LA TIGRA. -Me lo ofreces.

LUIS. -Muchas gracias.

LA TIGRA. -Haces bien en dárme las, te lo aseguro.

LUIS. -Dime. ¿Quieres que te acompañe esta noche y continuamos la discusión en tu casa?

LA TIGRA. -No.

LUIS. -¿Por qué, Tigra?

LA TIGRA. -Ya te lo he dicho, hijito... Si no quieres de mi más que eso, quedas en libertad de no volver, o de cambiar de mesa. Lo sentiría mucho, porque te he tomado cariño, y me gusta conversar

contigo, pero te repito que entre los dos no habrá más que amistad, mucha, mucha amistad. Toda la que tú quieras.

EL RUBIO. -¡Tigra! ¡Tigra! ¿Qué te ha hecho ese señor? ¿Déjalo descansar?

LUIS. -¡Idiotas!

LA TIGRA. -¿Qué? ¿Piensas enojarte? Déjalos.

LUIS. -Es que...

LA TIGRA. -No seas zonzo. (*Al grupo.*) ¿Qué hay?

JORGE. -Escuchá un momento. Vení.

LA TIGRA. -¿Qué quieres? (*Aproximándose.*)

JORGE. -¿Lo has tomado por horas a ése?

HAYDÉE. -No, che. Es de remis. Hace dos meses que lo tiene.

EL RUBIO. -¿Estás suscrita al P. B. T., entonces? Sentate y pedí algo.

LA TIGRA. -Gracias. No acostumbro, como algunas, a ponerme curda.

HAYDÉE. -¿Hablás por mí, che?

LA TIGRA. -No; por el Papa. ¿Nada más se les ofrece?

EL RUBIO. -Sentate, mujer.

LA TIGRA. -(*Con mal modo.*) Tengo que hacer. (*Ademán de alejarse.*)

HESPERIDINA. -¡Chist! ¡Chist!

HAYDÉE. -¡Tigra! ¡Tigra!

LA TIGRA. -(*Volviéndose.*) Me parece que tengo un nombre. Todo el mundo se va creyendo con derecho a manosearme. Todavía no he descendido tanto, ¿me oyen?

HAYDÉE. -¡Qué mal humor! Hija, perdona.

LA TIGRA. -Es que me tienen harta y me van a obligar a que muestre las uñas.

HAYDÉE. -Bueno, bueno. No es para tanto, mujer.

LA TIGRA. -Está bien. ¿Qué desea?

HESPERIDINA. -Sírvale lo que ella pida.

HAYDÉE. -Una cañita de Jerez.

LA TIGRA. -Y usted ¿otra hesperidina?

HAYDÉE. -¡Jesú! No beba usted eso. Tenemos un jerecillo... un «Tío Pepe» que da calor: pruébelo usted.

HESPERIDINA. -Bueno, hija; por acompañarte, tomaré ese jerecillo.

(LA TIGRA *se va al mostrador.*)

EL RUBIO. -Contá, mujer, contá.

EL GRUPO. -¡Que cuente! ¡Que largue el rollo! ¡Sí sí!

JORGE. -Toma otro piperminit (*Sirve a HAYDÉE*)

HAYDÉE. -(*Después de beber.*) No. Historia no es. Lo que pasa es que me tiene rabia porque lo mejor de la concurrencia se viene a mis mesas. Y es natural, ¿no te parece? Se han creído que porque son camareras viejas, van a ser dueñas de la casa toda la vida. Se les pasó el tiempo, ¿no te parece? Y, además, es hora ya de que se les vaya dejando lugar a las criollas, que valemos tanto como ellas o más que cualquier gallega vieja aquerenciada.

EL RUBIO. -Claro que sí. ¿Qué edad tenés vos?

HAYDÉE. -¿Yo? Veintiuno, mijito, cumplidos el mes pasado.

JORGE. -¿Oro?

HAYDÉE. -¡Y cómo te va! (*Con intención, viendo a LA TIGRA, que pasa.*) No soy de esas que se sacan los años, sin fijarse en que las arrugas y el sebo les están vendiendo.

EL RUBIO. -¿De modo, che, que la Tigra está hecha una misiadura y nadie le lleva el apunte?

HAYDÉE. -Una misiadura... Despacha café a los cocheros. Fíjense en la clientela; miren las mesas: el atorrante aquel que se viene a echar un sueñito: míster Hesperidina y el purrete ese que todas las noches le da la lata, enamora en serio, che.

EL RUBIO. -¿Qué me cuentas?

HAYDÉE. -Y gracias que cante esas vidalitas y esos estilos, ¡fíjense! ¡Una gallega cantando aires criollos!...

JORGE. -No canta muy mal.

HAYDÉE. -¡Amalaya tuviera voz yo! ¡Verían! ¡Se los enseñaba al tipo ése que anda con ella!

EL RUBIO. -¡Qué peine!

HAYDÉE. -¡Es una piedra!..

LA TIGRA. -(*Sentándose junto a LUIS.*) ¡Uff!... Estoy esta noche con unos nervios que... que puede que no acabe bien la fiesta.

LUIS. -¿Porque te miran tanto?... Tráeme un whisky a mí y para ti cognac o alguna otra cosa.

LA TIGRA. -Bebe cerveza. ¡Qué empeño en entretener! El whisky te hace mal.

LUIS. -Es que yo también ando mal de los nervios esta noche.

LA TIGRA. -No, mi chiquín. Cuidado, ¿eh?

MARINERO 1º. -(*Chilla en inglés algunas cosas de las que sólo se entienden las palabras: Música. Música. Los compañeros le hacen coro aplaudiendo: ladridos y maullidos en la mesa de los criollos; el MARINERO 1º, se vuelve hacia ellos y les dice algunas frases incomprensibles, que han de ser muy graciosas a juzgar por las carcajadas de sus compañeros.*)

EL RUBIO. -¡Tu abuelita, por las dudas!

HAYDÉE. -No se metan, muchachos.

EL RUBIO. -No; los estamos gozando no más...
¿Son ingleses!...

EL REGENTE. -Señora Esperanza: al escenario.

ESPERANZA. -¡Jesús! Es usted tan entretenido,
que me había hecho olvidar de mi número.

HAYDÉE. -Choque usted. ¡Salud!

HESPERIDINA. -Vaya usted; vaya usted no más.
Lo que siento es no tener flores para tírle ¡Ah! no
se olvide de cantar aquellos versitos del reloj que
marca bien la hora, ¿eh?

ESPERANZA. -¡Vaya con el abuelo! Dedicaos a su
señoría, voy a cantarlos. *(Pasa por entre las mesas, aclamada, y desaparece por la puertita lateral y reaparece en el escenario con una guitarra. Aplausos.)*

VOCES. -¡Olé, salerosa! ¡Cuerpo bueno! ¡Viva tu
mare! *(Canta malagueñas, seguidillas o cualquier otro aire español. Ovaciones. Uno de los MARINEROS INGLESES, en el colmo de su entusiasmo, se pone a bailar grotescamente, dando palmadas y gritando.)*

MARINERO 1°. -¡Olé! ¡Olé! *(Algarabía. Los compañeros le sientan, evitando que se caiga. La HAYDÉE canta unos couplets picarescos, lo más verdes que sea posible, y terminando su número, baja a sentarse a la mesa de los espa-*

ños, que la reciben alborozados, ofreciéndole copas. Durante el canto, la conversación de LUIS y LA TIGRA ha sido animadísima.)

Escena II

Dichos y OLIVERA (que entra al final del número, ocupando una de las mesas a cargo de LA TIGRA, llama fuertemente con las manos. LA TIGRA como si tal.)

HAYDÉE. -¡Tigra! ¡Tenés gente! (*Bajo, al RUBIO.*)

Es él... ¿Te das cuenta?

EL RUBIO. -¿Se armará, entonces, che?

OLIVERA. -(*Llamando de nuevo, más fuerte.*)

EL REGENTE. -¿Qué es eso? ¿Se han vuelto sor-das?

LUIS. -Atendolo, andá.

LA TIGRA. -(*Alzándose.*) No y no. (*Acercándose a HAYDÉE.*) ¿Quieres hacerme el favor de servir a ése?

HAYDÉE. -¿Yo? ¡Ja, ja! No me meto en la vida privada, che.

LA TIGRA. -Estás muy comadre, pero te disculpo porque es la bebida la que habla por ti. ¡Infeliz!

HAYDÉE. -¡Jajay!

OLIVERA. -*(Vuelve a llamar.)*

REGENTE. -*(Acercándose a LA TIGRA.)* ¿Pero qué hace usted? ¿Qué se ha creído?

LA TIGRA. -Digo que no lo atiendo. Y si no está conforme, ahora mismo me entrega la cuenta y me voy.

REGENTE. -Pero mujer, usted sabe que ese hombre es capaz de armar un escándalo.

LA TIGRA. -Que lo arme.

REGENTE. -Está bien. Cuando le parezca, pase por el mostrador a entregar. Queda despachada.

LUIS. -¿Por qué han de obligarla a despachar a un compadre?

LA TIGRA. -Tú te callas. Eso no te importa.

LUIS. -¿Cómo que no me importa? Lo he de decir a gritos.

LA TIGRA. -Usted se sienta. *(Lo sienta, manteniendo una discusión.)*

REGENTE. -Haydée: atiende usted al señor. Hasta que se cierre la casa, tiene usted todas las mesas a su cargo.

HAYDÉE. -¡Jajay! Está bueno. Con permiso, muchachos. Yo no seré muy tigre, pero no me asusto de tan poca cosa. ¡Biaba más o menos!

LA TIGRA. -*(Acercándose a HAYDÉE, rápidamente.)* ¡Ah, no! No te has de lucir a mi costa. Sal de ahí. Acaba de emborracharte, que mañana te entenderás conmigo. Mañana, ¿me oyes? *(Oprimiéndole el brazo violentamente.)* ¡Mañana!...¡Inmundicia!...

HAYDÉE. -*(Vencida.)* ¡Está bien, está bien! Mañana. *(Se sienta. LA TIGRA se acerca a la mesa de OLIVERA.)*

EL RUBIO. -¿Y por qué no se la diste, che?

LA TIGRA. -¿Qué va a tomar? *(LUIS observa la escena dispuesto a intervenir.)*

OLIVERA. -Buenas noches. Café. *(LA TIGRA va al mostrador; los MARINEROS le hacen una demostración al pasar.)*

LA TIGRA. -*(Regresando con el café.)* Sírvase.

OLIVERA. -Gracias. ¿Cuánto es?

LA TIGRA. -Treinta.

OLIVERA. -¿No lo podés hacer menos? Tomá: treinta y diez de propina.

LA TIGRA. -(*Aceptando.*) Muchas gracias. (*Además de irse.*)

OLIVERA. -No, no te vas; sentate.

LA TIGRA. -No.

OLIVERA. -Mirá: a tu purrete te lo voy a arreglar.

LA TIGRA. -¿Sí? ¡Qué lástima!

OLIVERA. -Está bueno. No vayas a salir con él, porque yo tengo que hablarte.

LA TIGRA. - Está bien. Haré un nudo en el pañuelo para no olvidarme.

OLIVERA. -Eso es. Hasta luego.

LA TIGRA. -(*Confusa, viéndolo salir.*) Hasta luego.

LUIS. -¿Qué quería?

LA TIGRA. -¡Oh! ¡He de probarles que todavía soy la Tigra! (*Bebe de un sorbo su copa.*)

¿Quieres más whisky tú? Yo voy a servirme. (*Va al mostrador.*)

EL RUBIO. -Sí, hombre: las biabas han quedado para la salida.

JORGE. -Yo no voy nada.

HAYDÉE. -¿Cuánto jugamos a que mañana hay una camarera enferma?

JORGE. -Vos.

HAYDÉE. -¡Jajay! (*LA TIGRA vuelve con la copa.*)

LUIS. -¿Me vas a decir la verdad?

LA TIGRA. -Sí, hijo, sí.

LUIS. -¿Qué ha venido a hacer ése?

LA TIGRA. -Como de costumbre. A buscar de esto. (*Dinero.*) ¡Canalla!

LUIS. -Pero mujer de Dios, ¿por qué no lo mandaste al diablo? ¿Le tienes tanto cariño?

LA TIGRA. -¿Cariño? Ni esto. Costumbre y necesidad.

LUIS. -¿Necesidad?

LA TIGRA. -Sí; lo que te decía hace rato. Este hombre es para mí, un objeto, un incidente. Por otra parte, con la vida que llevamos, es muy conveniente un hombre así, que inspire respeto a los de su clase.

LUIS. -Es decir, que yo no te sirvo, porque no soy un compadre, ni un perdulario, ni un matón.

LA TIGRA. -No, hijo; al revés. Quien no sirve soy yo.

REGENTE. -(*Acercándose.*) Diga. Si es que va a continuar aquí, haga el favor de hacer su número, que van a dar las doce.

LA TIGRA. -Está bien. Voy. (*Apura una copa y se encamina al escenario.*)

HESPERIDINA. -(*Llamándola.*) ¡Chist! ¡Chist!
¿Cuánto es?

LA TIGRA. -Cinco cuarenta.

HESPERIDINA. -Tome seis. *(Al darle el dinero le estrecha las manos conservándolas mientras hablan.)* ¿Y por qué no ha cantado esta noche?

LA TIGRA. -Voy a cantar en seguida...

HESPERIDINA. -Entonces no me voy. ¿Cantará el estilo de la piedra, eh? Tráigame otra copita.

LA TIGRA. -¿Jerez?

HESPERIDINA. -No, de lo otro. *(LA TIGRA va a servirlo. Mientras, aparece una pequeña criatura ofreciendo flores, en la mesa de los criollos le toman algunas para HAYDÉE. Los MARINEROS compran también, acariciando a la chica; de vuelta, LUIS la detiene en su mesa y adquiere el res*